

Todo es máscara

Rosa Huertas



ANAYA

1.ª edición: febrero 2016

© Del texto: Rosa Huertas, 2016
© De la ilustración: Álex Fernández Villanueva, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-0855-9
Depósito legal: M-37466-2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagjaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Todo es máscara

Rosa Huertas

Ilustración

Álex Fernández Villanueva

ANAYA

*A mi sobrina Conchi, para que no pierdas
el amor por la literatura ni tu rebeldía femenina.*

Índice

Capítulo I	7
Capítulo II	11
Capítulo III	14
Capítulo IV	20
Capítulo V	24
Capítulo VI	27
Capítulo VII	30
Capítulo VIII	35
Capítulo IX	39
Capítulo X	46
Capítulo XI	49
Capítulo XII	56
Capítulo XIII	60
Capítulo XIV	66
Capítulo XV	70
Capítulo XVI	74
Capítulo XVII	82
Capítulo XVIII	87
Capítulo XIX	93
Capítulo XX	102
Capítulo XXI	107
Capítulo XXII	112

Capítulo XXIII	119
Capítulo XXIV	125
Capítulo XXV	134
Capítulo XXVI	138
Capítulo XXVII	145
Capítulo XXVIII	152
Capítulo XXIX	158
Capítulo XXX	165
Capítulo XXXI	172
Capítulo XXXII	175
Capítulo XXXIII	179
Capítulo XXXIV	187
Capítulo XXXV	192
Capítulo XXXVI	197
Capítulo XXXVII	204

I

Febrero de 1835

El mundo, todo es máscara.

Madrid bullía, alegre y despreocupada, como una bella incauta que olvida, irresponsable, la verdad de su destino aciago. Todavía continuaban abiertas las heridas de una guerra devastadora y de un nefasto reinado absolutista, que la habían dejado llena de escombros, de pobreza y de hambre atroz.

Pero la noche de carnaval, los madrileños, cómplices de su insensata ciudad, se escondían tras las máscaras y el brillo para ocultar sus miserias y su miedo.

Una fina capa de hielo hacía resbalar los cascos de los caballos en la plaza del Ángel. El carruaje se detuvo ante la puerta del palacio en el que se celebraba el baile más solicitado de la ciudad, aquel al que todos querían acudir pero que solo unos pocos privilegiados gozarían: el precio del billete sobrepasaba la cantidad de dinero que la mayoría de sus habitantes ganaba en todo un año. La recaudación, eso sí, iría en parte a la beneficencia: la inclusa de la Puerta del Sol o San Bernardino.

Un chapín de tela rosada descendió lentamente del carruaje; un abultado vestido dieciochesco del mismo tono precedía a la aparición de su dueña: una jovencita de largos tirabuzones cuyo rostro se escondía tras una máscara veneciana auténtica.

Su padre, un acaudalado comerciante de sedas, había mandado traerla de la ciudad de los canales.

Eugenia, que así se llamaba la joven, puso su delicado pie en el suelo al tiempo que un solícito lacayo la ayudaba a alcanzar la cercana puerta del palacio de Santoña, en el número nueve de la calle de las Huertas. La entrada rebosaba de damas ataviadas con sus mejores galas y caballeros impecables, todos ellos escondidos tras las máscaras, a cual más vistosa y original. Pero ella permanecía ajena al bullicio y parecía buscar entre el gentío a una persona en particular. El padre, don Onofre, la seguía a poca distancia y no quitaba los ojos del vuelo de su vestido.

Sería fácil escabullirse de la vigilancia paterna en medio de tamaño gentío, pensó Eugenia, y dirigió sus pasos al centro del salón de baile, tropezando con unos y con otros y riendo a carcajadas ante cualquier encontronazo. Se sentía feliz, incauta y despreocupada, como la ciudad que albergaba sus sueños de adolescente. Eugenia buscaba a aquel hombre, misterioso y arrolladoramente atractivo que llevaba meses siguiéndola, entre las máscaras y los disfraces. Días antes, él le había dado una pista sobre su atuendo: «Me verás entonando cantares dirigidos a tu belleza, mi deseada Eugenia». Aquellas palabras provocaron que su corazón se alterase hasta sentirse mareada, era osado el caballero expresando su deseo con tal claridad, y no fue capaz de contestar ni un monosílabo. Solo pudo imaginarlo disfrazado de cantaor de flamenco provisto de una guitarra española. Pero no veía a nadie con sombrero cordobés ni instrumento de cuerda, que no fuesen los músicos de la orquesta que tocaban en ese momento los acordes de un rigodón.

Recordó fugazmente a su amiga Teresa. «¡Qué boba!», pensó, «¡Lo que se está perdiendo por su cabezonería! Esa manía suya de no fiarse de ningún hombre y a la vez querer ser igual

que ellos le costará cara. De momento ha conseguido discutir conmigo y quedarse sin baile».

Decidió no regalarle ni un solo pensamiento más a la arisca Teresa; sabía que no le iba a costar demasiado recuperar su amistad, porque no era la primera vez que se producía un desencuentro entre ambas y siempre lo arreglaban entre lágrimas y abrazos.

—¿Vienes dispuesta a convertirte en otra, escondida tras la máscara?

La pregunta sobresaltó a Eugenia, que sintió el aliento de aquella voz masculina desconocida en su oído como un vendaval inesperado.

—Tu belleza no se puede disimular ni ocultándola tras un rostro ficticio —insistió el hombre.

—¿Quién sois? —La chica no se atrevió a volverse.

—Soy el trovador que canta sus penas de amor en cuanto te alejas, adorada Eugenia.

—¡Eres tú! —exclamó feliz—. Déjame que te vea. ¿Cómo te has disfrazado?

Cuando Eugenia se volvió, el hombre había desaparecido. Las estancias del palacio, abarrotadas de madrileños disfrazados, se convirtieron para Eugenia en el escenario de un juego con el trovador. Le parecía entreverlo al fondo de una sala, pero cuando llegaba, él ya se había escabullido por la puerta hasta el siguiente salón.

Don Onofre había desistido de perseguirla. Rendido, se sentó en uno de los sillones en el salón menos bullicioso.

Entre tanto, Eugenia continuaba su persecución. De nuevo, la voz del trovador la sorprendió a su espalda, esta vez acompañada del tacto de unas manos que agarraron con fuerza su cintura.

—No te vuelvas —ordenó la voz—. Ya casi has llegado al final de laberinto. Cierra los ojos y cuenta hasta diez.

El hombre tomó las manos de la joven y tapó con ellos sus ojos por encima de la máscara. Antes de escabullirse de nuevo, susurró en su oído:

—No hagas trampa y cuenta.

Ella, divertida, comenzó a contar en alto: uno, dos, tres... cada vez más deprisa.

—Y diez.

Apartó las manos y abrió los ojos, justo a tiempo para descubrir que su presa se escapaba tras una pequeña puerta camuflada al fondo del salón.

Eugenia llegó hasta la puerta y la abrió, detrás reinaban un silencio y una oscuridad extrañas en medio de tanta fiesta. A punto estaba de dar media vuelta para regresar al baile cuando unas manos enguantadas la asieron por la cintura.

Luego, más silencio.

Ya amanecía cuando los últimos invitados abandonaron la fiesta, desprovistos de sus máscaras, descubriendo sus rostros al nuevo día. Don Onofre buscaba inútilmente a su hija entre aquellos pocos espectros borrachos. Para tranquilizarse quiso pensar que, al no encontrarle, ella se había marchado sola a casa. Pero el cochero seguía en la puerta, cabeceando sobre el pescante, y el carruaje vacío solo mostraba la verdad: Eugenia había desaparecido.

II

Amanecía cuando Teresa entreabrió los ojos. Se despertó entre las sábanas y decidió permanecer un rato más acostada. Aún era temprano, y su único quehacer aquel día consistiría en recibir la visita de su amiga Eugenia que, sin duda, se acercaría por allí a narrarle los pormenores del baile de disfraces al que ella no había querido acudir.

Cada vez se le hacía más cuesta arriba cumplir con los compromisos y con el papel que la sociedad madrileña esperaba que representase. Comenzaba a estar harta de tanto fingimiento, de tanto teatro fuera de las tablas. Sentía que aún no había hallado su lugar en el círculo cerrado de los salones de la capital. Por el momento, solo quería huir del espacio que el mundo le había reservado.

Teresa poseía una figura un tanto desgarbada: alta y delgada, destacaba por encima de las otras jóvenes que frecuentaban los salones madrileños. Ella renegaba de su condición femenina, mas albergaba la secreta esperanza de ser reconocida y amada, algún día, por otros valores personales que no fuesen sus meros atributos físicos. Ardua tarea en un siglo como el XIX y en una ciudad como Madrid, que despertaba lentamente del letargo provocado por el yugo absolutista y comenzaba a aceptar ciertos cambios liberales que, en cualquier caso, solo beneficiaban a los ciudadanos varones.

La fragilidad y el conformismo, rasgos tan apreciados en una mujer de aquellos tiempos, no se encontraban entre los atributos de Teresa, que se presentaba inconformista para espanto de su círculo más cercano.

Daba igual el liberalismo o el absolutismo, Teresa era consciente de que para una mujer los avances políticos y sociales resultaban indiferentes; había que continuar adoptando un aire de fingida sumisión y no traspasar los límites de la prudencia. Nada había cambiado para las mujeres por el hecho de que fuese una dama quien reinase en España. Daba igual. Jamás podría decidir su destino.

—¿Puedo pasar? —Una voz interrumpió sus agitados pensamientos.

Mateo, su hermano, se asomaba por una rendija de la puerta, demasiado espabilado para aquellas tempranas horas. No esperó la contestación de la joven y entró cerrando tras de sí.

—He visto luz y venía a contarte...

—Acabas de llegar del baile de máscaras, ¿no? —cortó Teresa.

El joven se acomodó a los pies de la cama de su hermana dispuesto a contarle la fiesta a la que ella había renunciado por voluntad propia.

—No sé por qué eres tan cabezota. —El tono de voz de Mateo cambió. Adoraba a su hermana e intentaba comprenderla, pero en ocasiones como aquella se le hacía enormemente difícil.

—No deseaba ir, no hay más que hablar.

—Y no entiendo tus motivos. Sabes que el carnaval es una fiesta distinta, nos permite escaparnos de quienes somos, convertirnos en otros. ¿No es eso lo que deseas tú, que nunca te muestres conforme con nada?

—No insistas, Mateo. No quiero importunarte con mis lamentaciones. Así que cuéntame el baile de anoche para que

pueda verlo a través de tus palabras. Seguro que te has divertido mil veces más que yo, en el caso de haber asistido.

—Si pusieras de tu parte... En la casa Trespalacios había más caballeros en busca de dama que jovencitas solteras. Sin embargo, he escuchado comentar que en el palacio de Santoña la fiesta ha sido sonada, la mejor de Madrid. Tenías que haber aceptado la invitación de Eugenia.

—Jamás —soltó irritada—. ¿Para qué? ¿Para presenciar sus escarceos amorosos con el primer aprovechado que le suelta palabras lindas? No sé por qué ese empeño en arrastrarme con ella, si luego se desentiende de mí durante toda la velada para escuchar embelesada a cualquier calavera.

—Es lo que hacen todas —afirmó él, tajante.

—A veces me gustaría ser como las demás. Conformarme con una vida superficial y marcada. No, Mateo, creo que no valgo para eso. ¿Por qué no podré ser como Eugenia, que es feliz vistiéndose para acudir a un baile?

—¿Quizá porque tienes un padre que no te educó como don Onofre a su hija? —le respondió Mateo—. Reconocerás, mi querida hermanita, que aprender esgrima, equitación y matemáticas no te ayudará demasiado a encontrar marido. ¿No podías haberte conformado con el piano y el francés?

—No te burles —soltó enfadada—. Sabes perfectamente que no es marido lo que busco.

—¿Y qué buscas, Teresa?

—Aún no lo sé, Mateo.

Ambos se fundieron en un abrazo.

—Algún día te enamorarás, y cambiará tu visión del mundo —sentenció el muchacho.

—Dios quiera que el amor no llegue a nublar-me la vista.

—¿Acaso no sabes, querida, que el amor es ciego?

Madrid, 1835. Eugenia, una joven de buena familia madrileña, desaparece tras un baile de máscaras. Teresa, su gran amiga, empieza a sospechar y decide buscar información por su cuenta; pero el que una mujer haga demasiadas preguntas no está bien visto. Con ayuda de su hermano decide disfrazarse de hombre y continuar sus pesquisas. Conocerá a Lucas, amigo de su hermano, que no descubrirá su secreto, y la tratará como a otro camarada. Juntos recorrerán la ciudad buscando a Eugenia, y gracias, entre otros, al escritor Mariano José de Larra irán encajando las piezas del puzle.



ISBN 978-84-698-0855-9



9 788469 808559

1562529

www.anayainfantilyjuvenil.com

ANAYA